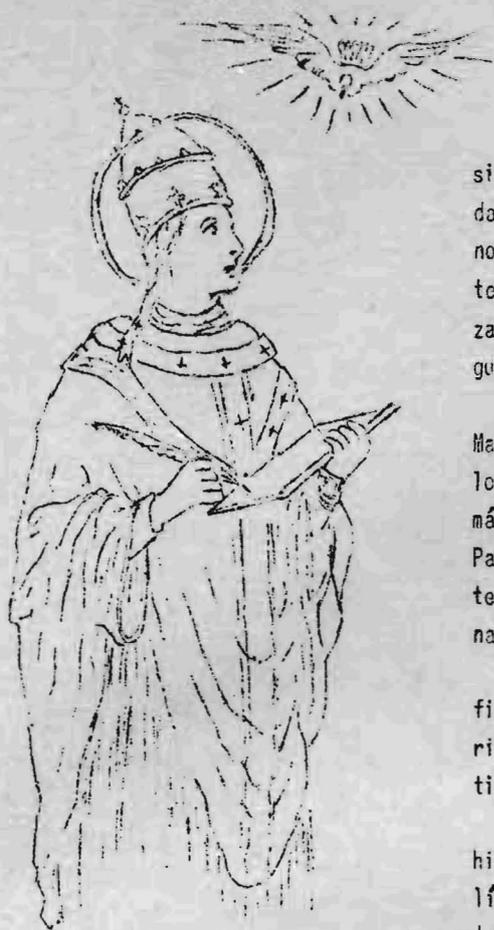


UN HOMBRE Y DOS EPOCAS
(541-1941)



Hay vidas que son verdaderas síntesis de un siglo o de una época; así Carlomagno es toda la Edad Media, y Voltaire, todo el siglo XVIII. Pero no es tan frecuente encontrar esas figuras gigantes que reúnan en sí la esencia de dos civilizaciones, personajes en los cuales confluyen antiguas culturas, jalones de humanidad.

Tal fué Gregorio, llamado por la Historia el Magno, patricio romano de rancia estirpe, pretor a los treinta años; luego, monje benedictino, diplomático ante el Emperador de Bizancio y finalmente Papa y doctor de la Iglesia, civilizador de Inglaterra, escritor vigoroso y artista, cuyo XIV centenario celebramos este año.

Las dos Romas, la del Imperio y la del Pontificado, parecen fundirse en esta vida extraordinaria que ilumina toda la turbulenta y oscura perspectiva de la baja Edad Media.

Un día el joven y brillante pretor Gregorio, hijo de la familia Anicia, "gens" senatorial nobilísima, cambia la toya por el sayal negro y convierte su palacio del Monte Celio en monasterio para los primeros Monjes de Occidente: los hijos de Be-

nito de Nursia, futuros educadores de Europa, únicos maestros capaces de enseñar a los bárbaros el amor de la paz, del arado y del Evangelio.

La vida monacal es dulce y austera; Gregorio se hunde con delicia en esos años oscuros dedicados al estudio y a la contemplación, sobre todo a la plegaria litúrgica que tanto ama. De él tomaron el nombre de gregorianos esos cánticos majestuosos y sencillos que resuenan hasta nuestros días en los templos del mundo entero.

Pronto había de serle arrebatada esa soledad fecunda, pues se le confía una misión diplomática ante Tiberio, Emperador de Constantinopla. Mucho debió aprender Gregorio a conocer y despreciar pompas cortesanas en esos seis años pasados en el medio más fastuoso, más corrompido y más huero del mundo contemporáneo.

Tales experiencias habían de serle, sin embargo, especialmente útiles en su ya próximo pontificado. Porque al volver de Roma - la ciudad entera, pueblo, senado y sacerdocio, le proclama sucesor de Pelagio II y Sumo Pontífice. Es una de esas elecciones simples y unánimes, a base de la simpatía y la admiración popular.... vox populi, vox Dei. Mas he aquí que surge un repentino inconveniente: el can-

vidate victorioso, aclamado, triunfante, ha desaparecido de la ciudad. Y al día siguiente - oh magnífica humildad de los grandes de corazón! - se descubre al patricio, al diplomático, al sabio, escondido como un niño asustado en una cueva de la campiña.

.....

Corrían los últimos años del siglo VI, tan parecido al nuestro, a pesar de las centurias que los separan: años de guerra, de oscuras amenazas, de invasión, en los que solo perduraban los esqueletos de antiguas culturas bamboleantes, carcomidas por su propia podredumbre... y una sola luz: la lamparilla que lucía, hasta muy entrada la noche, sobre la mesa en que trabajaba el gran Monje.

Su acción, ante tantos elementos de disolución como se erguían frente a la cristiandad de sus días, tuvo un doble impulso de unidad y de universalidad.

Fué Gregorio el principal preparador de la unidad espiritual de Occidente. Su impulso unificador lo llevó a crear ese todo maravillosamente armonioso que es el culto litúrgico, y, para lograrlo, Gregorio se hizo músico y poeta; de su pluma fluyeron las melodías severas del canto llano, y los himnos sacros, con su latín prieto y jugoso, que hasta el momento actual canta la Iglesia Católica.

Pero no bastaba haber iluminado las almas con arte y belleza. Era menester además, preparar una generación de civilizadores, un núcleo de jefes, hombres de energía y de santidad, capaces del esfuerzo formidable de unificar el mosaico de pueblos que era la Europa del siglo XVI, de reunirlos en el gran redil de la Cristiandad. Así nació el Liber Regulae Pastoralis.

Gregorio fué eminentemente práctico en todos sus escritos. La dislocación de las instituciones occidentales, la aparición en el escenario europeo de pueblos vírgenes, primitivos, mas inclinados al estallido brutal de sus pasiones que a los desvaríos de la inteligencia, exigían maestros y guías que viniesen en auxilio de la voluntad humana, de la desesperación en los vencidos, del orgullo en los vencedores.

"La Regla Pastoral tuvo esa gran misión: iluminar a los encargados de educar y suavizar las feroces costumbres de la Edad Media. Fué la obra de la vida de Gregorio el Magno y el programa de su pontificado. Después de las Escrituras, fué el libro más leído y meditado de la Edad Media.

"A la luz de sus páginas, se han arquitecturado las costumbres cristianas, las leyes cristianas", la vida cristiana de una era. (1)

Volvámonos ahora hacia el impulso de universalidad en la obra del gran Benedictino.

Era frecuente en aquellos años de derrumbe, encontrar espíritus de vistas cortas para los cuales la caída de Roma era sinónimo de la caída del cristianismo; como si éste y el Imperio fuesen inseparables, "como si no fuese posible ser a la vez, bárbaro y cristiano".

Triste suerte hubiera corrido la Iglesia si todos sus miembros hubiesen pensado así, pero allí estaba Gregorio, romano, pero sin prejuicios de raza, patricio, pero sin prejuicios de clase.... Gregorio, católico, es decir, universalista por definición, quiso lanzar el llamado cristiano a un pueblo semisalvaje, el mas lejano, el más temido, aquel que llamara el poeta

"horribiles ultimosque Britannos".

Gregorio el Magno fué el apóstol de Inglaterra.

Mas de una vez, entre los desolados grupos de prisioneros de guerra que se apretujaban estremecidos en las plazas de Roma, el joven Pretor Gregorio, habfa visto unos mocetones rubios y unos niños

de azorados ojos celestes que contemplaban el paso de sus victores.

Si se les preguntaba su nombre, solo sabían responder torpemente "Angli, Angli", y Gregorio quedaba pensativo ante esos niños que parecían llamarse a sí mismos "Ángeles", y tal vez cruzaban por su mente visiones de Islas lejanas y de pueblos que nunca habían visto la cruz.

El sueño misionero del Pontífice se realizó; en el año 596 cuarenta monjes partían rumbo a la corte del monarca sajón Ethelberto, presididos por la figura majestuosa del Abad de San Andrés, el futuro San Agustín de Canterbury. Duro era el viaje a través de las selvas del norte de Galla, pero más terrible aún la perspectiva de internarse en tierras desconocidas, habitadas por una nación ruda y brutal.

Bien lejos estaban los monjes-misioneros de imaginarse que una mañana fría de Navidad, el año siguiente a su llegada, más de diez mil anglo-sajones con su rey a la cabeza, serían bautizados por Agustín. Escena conmovedora; por la mano de uno de sus patricios, la antigua Roma parece sellar con el signo de Cristo la fronte del medioevo.

La suave y poderosa fuerza civilizadora se extendió en pocos años a la Isla entera, y fué a la sombra de los claustros británicos que se gestó la conversión de los pueblos germanos de toda Europa.

Mientras tanto, en Roma, no se apagaba la lucecita sobre la mesa del Pontífice, y su pluma corría infatigablemente. Cartas, se conservan más de 880... amonestaciones... fundaciones... Gregorio parece omnipresente. La sombra pastoral de su báculo abarca al mundo. Tan pronto es una réplica incisiva a uno de esos prelates orientales pomposos y huesos, que se firma "Patriarca de los Patriarcas", al que el monje responde cortesmente, firmándose "Siervo de los siervos de Cristo"; como un maravilloso comentario de las Escrituras, "Los Morales", análisis del libro de Job.

"Los diálogos", que parecen brotar en los momentos de ocio del Pontífice son una cadena de biografías de Santos, con toda la frescura y la fragancia ingenua de las Fioretti.

Cuando los Vándalos y los Lombardos devastaban Italia y avanzaban sobre Roma, Gregorio redacta las famosas "Homilias", prodigio de exégesis que admiraba a San Bernardo siete siglos más tarde.

Cuando el Pontífice se levantaba de su trabajo, era para sentarse a comer en compañía de pobres y peregrinos que ni un solo día faltaron en torno a su mesa. Refiere su secretario que hasta hallaba tiempo para llevar una lista minuciosa de cuántos necesitados conocía y ayudarlos uno a uno, por lo cual un biógrafo suyo, Juan Diácono, lo llama "universal granero de todos".

Vida tan intensa y plena no podía ser sobrellevada mucho tiempo por una constitución débil y enfermiza, aunque animada por energías sobrehumanas; Gregorio falleció a los trece años de su Pontificado, el 12 de Marzo del año 606.

Sobre su sepulcro, en la Basílica de San Pedro, existe hoy un altar. Ante ese altar cada Pontífice debe detenerse el día solemne de su coronación y tomar de él sus insignias sacerdotales, como si las recibiera de la misma mano del Benedictino, la mano que se levantó para bendecir, bautizar, escribir y orar.

"Gregorio - dice Montalambert - en su "Historia de los Monjes de Occidente - es el único hombre que por aclamación universal ha recibido el doble dictado de Santo y de Grande; será eterna gloria de la Orden Benedictina y del Pontificado. En verdad, él inaugura la Edad Media, la sociedad moderna y la civilización cristiana".

MARIA CELIA VELASCO

(1) P.E. Rau - "Revista Litúrgica" - Nº 48 - 49.